

LA DISOCIACIÓN ENTRE LA VIDA SEXUAL Y CONYUGAL DE LAS MUJERES Y LOS VARONES URBANOS EN MÉXICO*

Adriana Pérez Amador♦

Resumo

En los países que han completado su transición demográfica se están dando algunas transformaciones en el ámbito de la familia, entre ellas se encuentra el aumento del ejercicio de la sexualidad antes de ingresar a la unión conyugal y la postergación del matrimonio. El inicio de la vida sexual y el inicio de la vida conyugal son dos de las transiciones más relevantes del curso de vida de los individuos. Estos dos eventos son el objeto de interés del presente trabajo. El objetivo general es observar que tan avanzado está el proceso de disociación entre la vida sexual y conyugal de las mujeres y los varones urbanos en México. Con ello se intenta construir un aporte empírico que apoye o ponga en evidencia el avance en nuestro país de una de las características de lo que algunos autores han llamado Segunda Transición Demográfica. Haciendo uso de dos técnicas del análisis de supervivencia, se estudia la duración del intervalo entre la primera relación sexual y la primera unión y el efecto de algunas variables sobre la edad a la primera unión.

* Trabajo presentado en el I Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, ALAP, realizado en Caxambú –MG- Brasil, del 18 al 20 de Septiembre de 2004.

♦ El Colegio de México.

LA DISOCIACIÓN ENTRE LA VIDA SEXUAL Y CONYUGAL DE LAS MUJERES Y LOS VARONES URBANOS EN MÉXICO*

Adriana Pérez Amador♦

Introducción

En los países que han completado su transición demográfica se están dando algunas transformaciones en el ámbito de la familia. Entre ellas se encuentra el aumento del ejercicio de la sexualidad antes de ingresar a la unión conyugal; los cambios en la formación de parejas conyugales; el reemplazo del matrimonio por modalidades menos formales de convivencia conyugal; la elevación de nacimientos fuera del matrimonio; así como las disoluciones y segundas nupcias.

El objeto de interés del presente trabajo es observar cambios en el tiempo, con base en la observación de diferentes generaciones, de dos transiciones relevantes del curso de vida de los individuos: el inicio de la vida sexual y el inicio de la vida conyugal. Se intenta construir un aporte empírico que apoye o ponga en evidencia el avance de una de las características de lo que algunos autores han llamado Segunda Transición Demográfica. Por lo tanto, el objetivo general de esta investigación es observar que tan avanzado está el proceso de disociación entre la vida sexual y conyugal de las mujeres y los varones urbanos en México. Para esto se emplean dos métodos estadísticos del análisis de supervivencia. En un primer momento se estudia el intervalo entre la primera relación sexual y la primera unión, comparando entre sexo y generación. En segundo lugar, se estudia el efecto de algunas variables sobre la edad a la primera unión.

Antes de aproximarse metodológicamente al estudio de la disociación entre el inicio de la sexualidad y la unión conyugal de las mujeres y los varones urbanos en México es necesario revisar el marco de referencia que intenta explicar el surgimiento de este y otros procesos. Por lo tanto, se hace una breve caracterización de la transición demográfica en México. Más adelante se señalan las características de lo que se conoce como segunda transición demográfica y en seguida se mencionan algunos cambios en la formación de parejas conyugales, poniendo mayor atención en la disociación entre el inicio de la sexualidad y la unión conyugal y en el incremento de la edad al matrimonio.

La Transición Demográfica en México

La noción de transición demográfica (TD) ha servido como marco de referencia para el análisis de los cambios en los niveles de mortalidad y fecundidad de cualquier población (Juárez, et al, 1996). Originalmente, el concepto fue esbozado como un intento teórico que permitiera explicar e interpretar los cambios observados en los componentes del crecimiento

* Trabajo presentado en el I Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, ALAP, realizado en Caxambú –MG- Brasil, del 18 al 20 de Septiembre de 2004.

♦ El Colegio de México.

natural de la población europea, que se dieron como respuesta a las transformaciones sociales y económicas que trajo la modernización industrial hacia fines del siglo XIX. Se sabe que el descenso de la mortalidad se da principalmente por la mayor disponibilidad de alimentos, la adopción de medidas de higiene y salud pública, y los grandes adelantos médicos. Por su parte, el descenso de la fecundidad se debe principalmente a un cambio de comportamiento en las parejas europeas. Es decir, que si bien toda sociedad regula su crecimiento demográfico, en la sociedad tradicional esta regulación se da con base en factores impersonales que tienen que ver con pautas de comportamiento socialmente prescritas, mientras que en la sociedad moderna esta regulación se da con mayor frecuencia con base en decisiones individuales. Así el factor principal de la TD es el cambio social hacia la modernidad. Pero el proceso de reducción de la fecundidad en el contexto europeo no fue inmediato. La razón por la que la fecundidad no declinó con la misma rapidez que la mortalidad se debe a que lograr que la gente muera menos resulta un proceso universalmente aceptado y casi incuestionable; en cambio, la religión, los códigos morales, las leyes, la educación las costumbres, los hábitos maritales y la organización familiar habían estado enfocados hacia el mantenimiento de una fecundidad alta, por lo que el descenso posterior de la fecundidad se da a través de un proceso racional y lento. (Notestein, 1945).

La TD en América Latina, a diferencia del contexto europeo, está caracterizada por una gran heterogeneidad entre los países de la región, como reflejo de niveles de desarrollo desiguales. México es ejemplo de una TD tardía y muy rápida en comparación con las poblaciones europeas donde ésta se inicia. La dinámica demográfica en México tuvo grandes transformaciones entre 1930 y 1990. De acuerdo con las etapas de la teoría clásica de la transición demográfica, la etapa de transición moderada en México consistió en una importante disminución de la mortalidad que ocurrió alrededor de 30 años antes del descenso de la fecundidad. Durante este periodo, debido al descenso de la mortalidad y a los altos niveles de fecundidad, el país observó altas tasas de crecimiento poblacional. El acelerado crecimiento de la población, que caracterizaba el inicio de la transición demográfica en los países no desarrollados, alcanzó su punto máximo en los años sesenta, cuando México presentó la mayor tasa de crecimiento de la historia ubicándose en 3.4% (Valdés, 2000), de hecho, una de las más altas registradas en el mundo. Este era resultado del rápido aumento de la esperanza de vida, debido a los progresos en los sistemas de salud en los años cuarenta, y a la permanencia de niveles elevados de fecundidad.

La etapa de plena transición demográfica en México, caracterizada por el descenso de la fecundidad, se habría iniciado conforme al esquema clásico de la transición. En un primer momento, la edad a la primera unión y el orden de nacimiento intervinieron como variables determinantes de los cambios en las pautas reproductivas de las mujeres (Juárez, et al, 1996), pero este proceso fue rápidamente influido por la anticoncepción. Así, tenemos que en treinta años la TGF se redujo a la mitad, de 7 hijos por mujer en 1960 a 3,2 en 1990, con sus respectivas diferencias según el tamaño de localidad y nivel de escolaridad de las mujeres (Quilodrán, 1991). De acuerdo con el CONAPO (1999), en 1996 la TGF en localidades urbanas fue de 2.3.

Una vez que en México hemos alcanzado bajos niveles de mortalidad y fecundidad nos encontramos en una etapa avanzada de la transición demográfica. Sin embargo la heterogeneidad en el proceso que se observó en América Latina, se observa también al interior de nuestro país. En México se dieron dos modelos de transición demográfica: uno identificado con los sectores sociales más beneficiados por el desarrollo económico, la urbanización y el incremento en los niveles de escolaridad promedio; y otro propio de los

sectores más pobres y tradicionales de la sociedad (García y Rojas, 2002). Por lo tanto, es de esperar que en uno y otro sector existan divergencias en la interiorización de los nuevos valores que supone el cambio de régimen demográfico.

Segunda Transición Demográfica

El concepto de una Segunda Transición Demográfica deriva del interés por algunos demógrafos de evidenciar una serie de transformaciones que en gran medida son consecuencia del nuevo régimen demográfico. Toda revolución implica una crisis, y la transición demográfica no es la excepción. La transición implicó un continuo rompimiento con el pasado, y a lo largo del tiempo, los cambios penetraron en la conciencia individual, donde coexisten actitudes, ideales y valores pertenecientes a diferentes etapas de la transición (Germani, 1968). La segunda transición es sobre todo el resultado de un cambio cultural y de las ideas (Van de Kaa, 1997). Los individuos una vez más están adoptando nuevas pautas de comportamiento pero ahora, y sobre todo, en lo que se refiere al significado y función de la familia. Si bien los cambios en la organización social, como el tránsito de una sociedad tradicional a una moderna, afectan a los factores demográficos; los cambios en los factores demográficos, a su vez, provocan nuevamente cambios en la estructura social (Notestein, 1945). En un contexto de baja mortalidad y fecundidad, de urbanización, de aumento en la esperanza de vida de la población, de importantes incrementos en los niveles de escolaridad, así como de mayor participación femenina en los mercados de trabajo; surgen cambios en las ideas y en la valoración del papel de la familia, la iglesia y el Estado, y del poder que ejercen sobre los individuos. Esto implicaría, tanto la ocurrencia como la tolerancia, de nuevos patrones de formación y de interrupción voluntaria de las uniones, así como nuevas formas de convivencia y residencia familiar (García y Rojas, 2002). También implicaría el rompimiento de las secuencias típicas en la sucesión de eventos o transiciones de la juventud a la edad adulta.

El surgimiento de nuevos patrones de formación de uniones y de conformación de las familias, a partir de la década de los sesenta en la mayoría de los países desarrollados, se ha considerado propio de una segunda transición demográfica. Los principales rasgos de ésta son: postergación del matrimonio; incremento de la población que vive sola; aumento de las uniones libres; prolongación del período de residencia con los padres; incremento de la procreación fuera del matrimonio; aumento de la disolución voluntaria de uniones; y elevación de las nuevas nupcias. (Lesthaeghe, citado por Quilodrán, 2002) (Van de Kaa, 1997, y Lesthaeghe, 1995). En la conceptualización de la Segunda Transición Demográfica, un mecanismo central de explicación lo ocupa la emergencia de valores que fomentan la autonomía individual, la secularización, el rechazo de la regulación institucional, la tolerancia para las minorías y la emancipación (Lesthaeghe y Surkyn, 2002a). La secularización se refiere al fin del control religioso o de las doctrinas políticas sobre la vida personal, dando pie a una creciente autonomía individual. Se resalta también la emancipación económica femenina, que implica la demanda de mayor calidad y menor asimetría en las relaciones de género, en un contexto de crecientes aspiraciones individuales respecto al consumo y a los estándares de vida (Lesthaeghe, 1994). Estos nuevos valores también suponen una mayor autonomía respecto al control patriarcal y al ejercicio sexual, desvinculándolo de su función meramente reproductiva.

Ya a finales de los ochenta, emergía un debate en Europa central y del este sobre la posibilidad de que tales valores, así como nuevas pautas en la formación de hogares, llegaran a difundirse hacia el este (Lesthaeghe y Surkyn 2002). Lesthaeghe y Surkyn (2002) se preguntan si algunos de estos valores asociados con la segunda transición demográfica han tenido relevancia y se han difundido fuera de Europa. De este cuestionamiento surge justamente el interés por estudiar lo que sucede en México. Sin embargo, al igual que la primera transición, los procesos que caracterizan a la segunda no son homogéneos en todas las sociedades, por lo que conviene comenzar a documentar cómo se han dado y se están dando algunos de ellos en nuestro país. Si se está o no en la segunda transición demográfica y, en el caso de haber ingresado, qué tanto se ha avanzado en ella es, de acuerdo con Quilodrán (2003), García y Rojas (2002), uno de los temas más controvertidos en los estudios de población en los países próximos a concluir su transición demográfica clásica. Sin embargo, con todo y sus divergencias, en nuestro país se están presentando ciertos rasgos de la segunda transición que tienen que ver con transformaciones en la formación de las parejas conyugales. Por ello resulta relevante tratar de evidenciar dichas transformaciones y caracterizar las modalidades que va adoptando.

Cambios en la formación de parejas conyugales

Como se mencionó anteriormente, en la segunda transición demográfica adquieren relevancia los factores psicosociales que influyen sobre los valores, actitudes y comportamiento de los individuos respecto a la formación y estabilidad familiar. Una de las primeras manifestaciones de los cambios registrados en este ámbito fue el cuestionamiento de la institución matrimonial. Hasta finales de los años sesenta en los países desarrollados, la institución del matrimonio era muy estructurada y estable. A partir de entonces, se registran cambios en los modelos de nupcialidad. Actualmente tanto en Europa como Estados Unidos, Canadá y Australia se está produciendo una desinstitucionalización del matrimonio. Esta consiste en que una parte muy importante de estas poblaciones escoge la cohabitación en vez de casarse. El matrimonio civil está perdiendo su calidad de acto fundador de una nueva pareja, mientras que el religioso se vuelve más escaso. Estos cambios de comportamiento pueden asociarse a la creciente independencia económica de las mujeres, con lo cual el matrimonio pierde el papel protector que tenía en el pasado: también han sido asociados a la prolongación de la escolaridad, el alto desempleo en la juventud y la disociación entre la vida sexual y el matrimonio (Bozon, 1990; citado por Quilodrán, 2001).

La disociación entre la vida sexual y la vida conyugal

Entre las manifestaciones de la segunda transición demográfica, además del abandono del matrimonio, también se ha ido extendiendo la disminución del control social sobre la práctica de la sexualidad fuera de las uniones. Por otro lado, la disociación entre la vida sexual y la vida conyugal es, en gran medida, el resultado de la capacidad de regular la fecundidad por medio del uso de métodos anticonceptivos. Bozon establece que hoy en día las relaciones sexuales ya no coinciden con el matrimonio, gracias a que la anticoncepción permitió a los jóvenes modificar el calendario de inicio de la vida sexual activa (Bozon, 1992, citado por Quilodrán, 2001). En el caso de Europa, la autonomía entre la vida sexual y reproductiva gracias a la tecnología anticonceptiva implicó una postergación de la edad al casarse y la disminución de los matrimonios (Bozon y Kontula, 1997, citados por Quilodrán,

2000). En este contexto, una vez que la fecundidad pudo controlarse voluntariamente por medio de la anticoncepción, el matrimonio perdió importancia como institución que rige el comportamiento sexual y reproductivo. En el momento en que la relación sexual no implica un embarazo, el matrimonio deja de ser el hito de la iniciación sexual para las mujeres y el marco de protección frente al probable embarazo extramarital. (Quilodrán, 2000). Dado que en México una proporción importante de las mujeres usa métodos anticonceptivos, cabe preguntarse si la afirmación de Bozon se aplica también a México. Es decir, si en México la adopción de la tecnología anticonceptiva, además de permitir un descenso importante en la fecundidad, abre la posibilidad de mantener una vida sexual activa fuera o dentro del matrimonio (Quilodrán, 2001) ¿podemos observar una disociación entre la vida sexual y conyugal?

Evolución de la edad a la unión.

En México la edad promedio a la primera unión de las mujeres había permanecido prácticamente constante hasta los años setenta, pero en los años ochenta las mujeres comienzan a retrasar la edad a la unión más rápidamente que los hombres, aunque esta postergación sólo es de un año. (Quilodrán, 2001). Más adelante, la edad media a la unión alcanza hacia 1990 los 22 años en el caso de las mujeres, mientras que en el caso de los hombres se encuentra en 24.5 años. Por su parte, el censo del 2000 muestra que la edad promedio al matrimonio es de 26 años para los hombres y de 24 para las mujeres (Quilodrán, 2000). Los patrones de nuestro país están caracterizados por un matrimonio un tanto más tardío para las mujeres urbanas en comparación con las rurales y también con respecto a las generaciones previas (Quilodrán, 2001). Así mismo, las mujeres con mayor nivel de escolaridad se unen más tarde con respecto a las que tienen menos años de escolaridad. Blanco (2002) hace notar “la prioridad que los sectores medios asignan a la obtención de ciertos niveles educativos por parte de las y los hijos y, por lo tanto, el retraso en el cumplimiento de eventos demográficos tales como el matrimonio y el nacimiento de los hijos” (p. 468).

Después de analizar la evolución de las edades medias a la unión, Quilodrán destaca la permanencia del modelo de nupcialidad hasta una etapa muy avanzada de modernización del país. Así, plantea la pregunta de ¿por qué la interiorización de nuevos valores, que supone la expansión del sistema de educación, la urbanización y la industrialización, demoraron tanto tiempo en manifestarse; y por qué una vez manifestados sólo afectan a las mujeres? Una pregunta que podemos formularnos es si la postergación de la unión está asociada con una mayor escolarización, y si estos factores operan diferencialmente para los varones y las mujeres.

Primera aproximación al estudio de la disociación entre el inicio de la vida sexual y la unión conyugal en México.

La primera aproximación al análisis de la disociación entre el inicio de la vida sexual y conyugal consiste en estudiar el intervalo entre dos eventos fundamentales en el curso de vida de los individuos: la primera relación sexual y la primera unión, comparando a mujeres y varones de distintas generaciones. La intención que guía esta primera aproximación es saber

si en el contexto urbano mexicano existe una mayor disociación entre el inicio de la vida sexual y conyugal de los varones y las mujeres jóvenes. Mi primera hipótesis postula que los varones urbanos en México presentan una mayor disociación entre la vida sexual y conyugal que las mujeres; la segunda hipótesis señala que cuanto más jóvenes son las generaciones se presenta una mayor disociación entre la vida sexual y conyugal.

Fuente de datos y población en estudio

La fuente de datos empleada en este trabajo es la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva con Población Derechohabiente (ENSARE), realizada en 1998 por el Instituto Mexicano del Seguro Social. En ella se entrevistaron a 5,405 mujeres de 12 a 54 años de edad y a 2,992 varones de 12 a 59 años, todos ellos derechohabientes del IMSS. La encuesta es representativa a nivel nacional para mujeres y varones. Entre los ejes temáticos que aborda la encuesta, y que son relevantes para este trabajo, se encuentran: características sociodemográficas, fecundidad y nupcialidad, anticoncepción, y práctica sexual. La ENSARE es una encuesta que capta información de un sector y contexto social específico: la población derechohabiente del IMSS vive predominantemente en localidades urbanas.

Características de la población en estudio

Para llevar a cabo la primera aproximación al estudio de la disociación entre el inicio de la vida sexual y conyugal a través del intervalo entre la primera relación sexual y la primera unión, se decidió considerar a las mujeres y los varones de 20 a 49 años que habían tenido su primera relación sexual al momento de la encuesta. Para el grupo de 12 a 19 años de edad solo el 6.9% de las mujeres había estado alguna vez unida, mientras que solo el 4% de los varones de esta misma edad había experimentado este evento. Se decidió no considerar a este primer grupo de edad para evitar el efecto de selectividad. En grupo de 50 y más años, 6.8% y 10.9% del total de la muestra de mujeres y varones respectivamente, tampoco ha sido considerado ya que, por un lado, no se cuenta con información sobre la edad a la primera unión de un 30% de la población de esta edad, y por el otro, en casi 10% por ciento los casos la primera relación sexual sucedió al interior de la unión conyugal. Se decidió analizar a la población por grupos de edad, de 20 a 29, 30 a 39 y 40 a 49 años, considerando que, en todo análisis sobre cambios demográficos, resulta útil reconstruir las historias de los individuos con base en sus fechas de nacimiento; ya que cada generación (o cohorte) constituye una subpoblación que ha vivido historias conjuntamente.

En el Cuadro 4 se presentan algunas características sociodemográficas de la población que se analiza en esta primera aproximación. Partimos de 3,241 casos de mujeres entre 20 a 49 años que habían tenido su primera relación sexual y de 1,980 varones con la misma característica. El 95.1 % de estas mujeres y el 83.5% de los varones habían tenido al menos una unión conyugal, es decir, solo encontramos un 4.9% y 16.5% de solteros respectivamente. En cuanto al nivel de escolaridad, una vez más encontramos que un mayor porcentaje de los casos tenían entre uno y tres años de secundaria, 40.5% de las mujeres y 36.5% de los varones; aunque en términos relativos el grupo que solo tiene hasta primaria completa también es importante para las mujeres. También se observa que es mayor la proporción de hombres que tienen un año o más de educación profesional en comparación con las mujeres,

es decir, 18.4% de los varones y 7.9% de las mujeres han aprobado al menos un año de educación superior.

Cuadro 4
Características sociodemográficas de la población en estudio

	Mujeres		Varones	
	%	N	%	N
Total	100	3,241	100.0	1,980
Grupo de edad				
20-29	33.0	1,069	38.5	762
30-39	36.7	1,190	37.1	734
40-49	30.3	982	24.4	484
Estatus Conyugal				
Soltero	4.9	160	16.5	326
Alguna vez unido	95.1	3,081	83.5	1,654
Escolaridad				
Hasta Primaria completa	39.3	1,275	24.3	482
Uno a tres años de secundaria	40.5	1,313	36.5	723
Uno a tres años de preparatoria	12.3	398	20.8	411
Un año de profesional o más	7.9	255	18.4	364

Fuente: Elaboración propia con datos de la Ensare 1998.

Respecto a los indicadores de sexualidad y nupcialidad considerados, en el Cuadro 5 vemos que la edad promedio a la primera relación sexual es 19.5 para las mujeres y 17.5 para los varones. A los 19 años el 50% de las mujeres ya habían tenido su primera relación sexual, mientras que a una edad más joven, 17 años, el 50% de los varones ya habían tenido su primera relación sexual.

En cuanto a la edad a la primera unión, tenemos información para el 87.2% de las mujeres que además de haber tenido la primera relación sexual han estado unidas. La información de los varones con estas características es más completa pues el 99.6% declaró la edad a la que se unió por primera vez. La edad media o promedio a la primera unión es 20.5 para las mujeres y 23.3 para los varones. A los 20 años la mitad de las mujeres tuvieron su primera unión y en el caso de la mitad de los varones esto sucedió a los 23 años.

Para hablar del intervalo entre la primera relación sexual y la primera unión tenemos información para el 78.7% de las mujeres alguna vez unidas e información para el 97.8% de los varones alguna vez unidos. En esta ocasión el 8.5% de las mujeres algunas vez unidas no tuvieron una relación sexual premarital, es decir, que su primera relación sexual sucedió al interior de una unión conyugal. Para aquella población cuya primera relación sexual fue anterior a la primera unión conyugal, el intervalo entre la primera relación sexual y la primera unión de las mujeres fue en promedio de 1.3 años y de 5.9 años para los varones. Un año después de la primera relación sexual la mitad de las mujeres había tenido una unión conyugal y hasta 5 años después de la primera relación sexual la mitad de los varones había experimentado una unión conyugal.

Cuadro 5

Indicadores sobre sexualidad y nupcialidad de la población en estudio

	Mujeres	Varones
Edad a la primera relación sexual		
N (%)	3,241 (100)	1,980 (100)
Media	19.5	17.5
Moda	18	18
<i>Percentiles</i>		
0.25	17	15
Mediana	19	17
0.75	22	19
Edad a la primera unión		
N (%)	2,688 (87.2)	1,647 (99.6)
Media	20.5	23.3
Moda	19	22
<i>Percentiles</i>		
0.25	18	20
Mediana	20	23
0.75	23	26
Intervalo entre la primera relación sexual premarital y la primera unión		
N (%)	2,425 (78.7)	1,617 (97.8)
Media	1.3	5.9
Moda	1	1
<i>Percentiles</i>		
0.25	0	2
Mediana	1	5
0.75	2	8

Fuente: Elaboración propia con datos de la Ensare 1998.

Metodología

En esta primera aproximación deseamos examinar la duración o tiempo entre dos eventos: primera relación sexual y primera unión a través de la Tabla de Vida (TV). De la aplicación de la TV se obtienen algunas medidas para cuantificar la formación de la unión conyugal. La probabilidad total o acumulada nos permite cuantificar la intensidad de la unión a diferentes momentos del tiempo una vez iniciada la vida sexual. La mediana del intervalo entre la primera relación sexual y la primera unión nos indica el tiempo (años) que le toma a la mitad de las personas unirse después de la primera relación sexual. Para la construcción de la TV la información ha sido organizada en intervalos de un año. Se eligió un año como tiempo de exposición ya que solo contamos con información del año en que la persona tuvo su primera relación sexual y no del mes como en el caso de la unión, así que la duración del intervalo entre uno y otro evento tiene que ser medido en años. Al aplicar la TV se obtiene la probabilidad de que, habiendo tenido su primera relación sexual y siendo soltero en un año, se llegue a contraer una unión en el siguiente. Se analizan distintos intervalos: el primero (U_0)

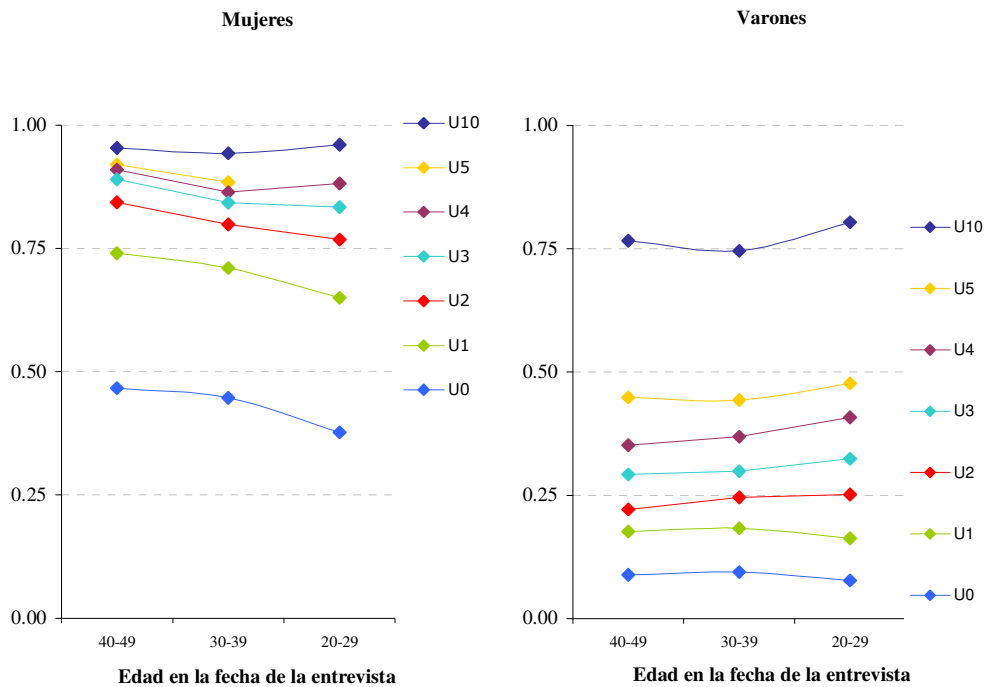
es el intervalo desde la primera relación sexual hasta (casi) un año, el segundo (U_1), es desde un año hasta (casi) dos años, y así sucesivamente. La TV también nos proporciona la probabilidad acumulada de supervivencia, que en este caso sería o la probabilidad acumulada de permanecer célibe al final de cualquier intervalo (C_X). La probabilidad de permanecer célibe al final del intervalo cero (C_0) es también la probabilidad acumulada del primer intervalo. La probabilidad acumulada de que una persona se una al final del segundo intervalo C_1 es la probabilidad de unirse en el primer intervalo multiplicado por la probabilidad de unirse en el segundo y así sucesivamente. Por lo tanto, la probabilidad acumulada de unión en distintos puntos el tiempo (U_X) es igual a 1 menos la probabilidad de supervivencia ($U_X = 1 - C_X$).

Resultados

En primer lugar presentaremos la probabilidad acumulada de unión al final de distintos intervalos de tiempo, comparando a mujeres y varones de distinta generación.

Grafica 1

Probabilidad acumulada de unión a diferentes intervalos de tiempo por cohortes



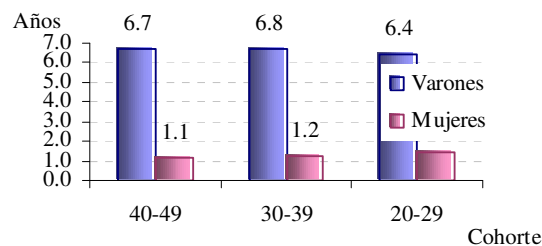
Fuente: Ensare 1998.

La grafica 1 muestra en el caso de las mujeres un gran cambio en la intensidad del primer al segundo intervalo similar en las tres generaciones, mientras que en el caso de los varones los cambios no son tan drásticos de un intervalo a otro (Gráfica 1). Hasta el cuarto intervalo (U3) la tendencia es la misma: menor probabilidad de unión mientras más joven es la cohorte pero sin grandes diferencias entre las dos mayores. En los tres últimos intervalos la probabilidad

de unión es prácticamente igual para la cohorte de 20 a 29 y 40 a 49 y ligeramente menor para la cohorte de 30 a 39 años. Como ya se mencionó, la probabilidad de unión de los varones es mucho menor que las mujeres. Incluso en el último intervalo (U_{10}) la intensidad de la unión no alcanza el nivel que presentan las mujeres al final del cuarto intervalo (U_3). No se observan grandes diferencias entre las distintas cohortes de los varones en los primeros dos intervalos. No obstante, a partir del tercero hay un aumento en la intensidad de unión de la cohorte más joven. Lo anterior indica que, en un mismo intervalo, los varones jóvenes se están uniendo con mayor intensidad que los mayores.

Gráfica 2

Mediana del intervalo de años entre la primera relación sexual y la primera unión



Fuente: Elaboración propia con datos de la ENSARE, 1998.

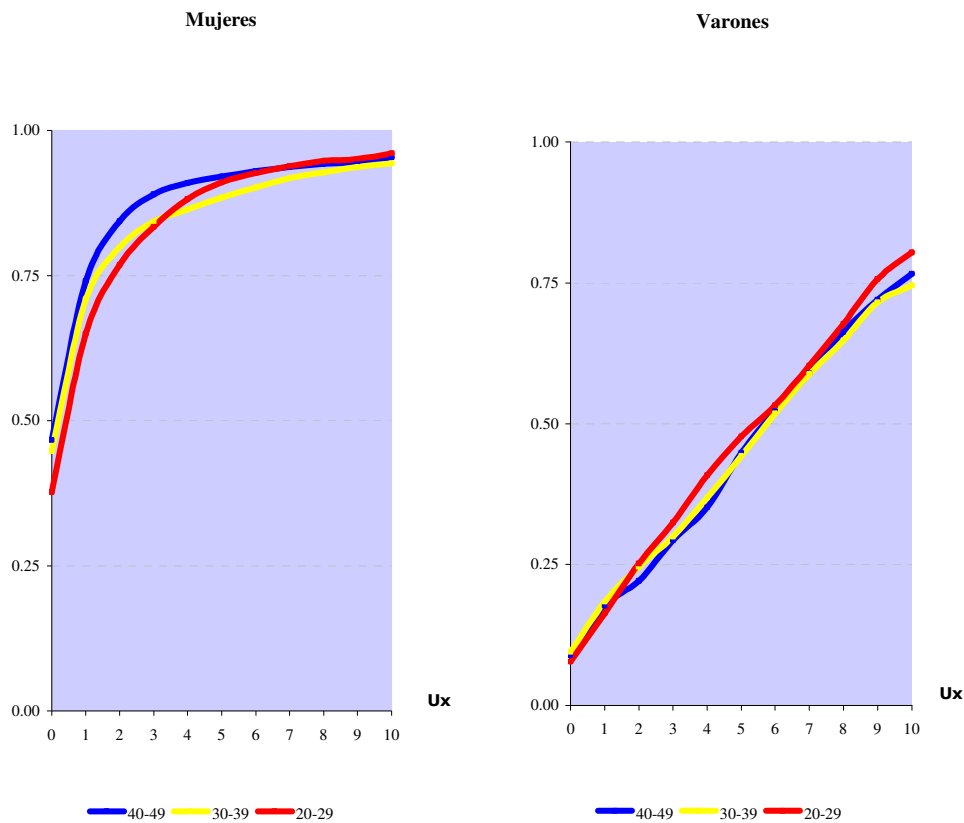
Al referirnos al calendario de la primera unión a partir de la primera relación sexual, la mediana del intervalo de años entre la primera relación sexual y la primera unión aumenta en la medida en que decrece la edad de las mujeres (Gráfica 2). Sin embargo, el espaciamiento entre el la primera relación sexual y la entrada en unión conyugal es muy corta para las tres cohortes de mujeres estudiadas. En el caso de los varones, ellos tienden a unirse mucho más tarde que las mujeres después de su primera relación sexual. Pero los varones jóvenes se casan un poco antes de los mayores. Un año y medio después de la primera relación sexual, el 50% de las mujeres de 20 a 29 años había experimentado la primera unión conyugal. Por su parte, la mitad de las mujeres de 30 a 39 años se había unido 1.2 años después de la primera relación sexual; mientras que 1.1 años después de la primera relación sexual, el 50% de las mujeres de 40 a 49 años se había unido conyugalmente. En el caso de los varones, vemos que 6.4 años después de la primera relación sexual, el 50% de los varones de 20 a 29 años había experimentado la primera unión conyugal. Por su parte, a la mitad de los varones de 30 a 39 les tomó 6.8 años unirse después de la primera relación sexual. Finalmente, 6.7 años después de la primera relación sexual, ya se habían unido el 50% de los varones de 40 a 49 años. Prácticamente no hay cambio entre una y otra cohorte.

Volviendo con la intensidad de la unión a diferentes momentos del tiempo, en la Gráfica 3 se muestra la estimación de la tabla de vida de la probabilidad acumulada del tiempo de duración entre la primera relación sexual y la primera unión. En esta se observan diferencias en el patrón de intensidad de unión de ambos sexos que manifiestan diferencias de género muy profundas. Alrededor de una de cada cuatro mujeres de 20-29 años se había unido al final del tercer intervalo (U_2), es decir, a lo largo del año que inicia en el segundo año después de la primera relación sexual, aproximadamente 2.8 años después de ésta. Mientras tanto, una de cada 4 mujeres de 40 a 49 años se había unido exactamente al inicio de este intervalo, es decir, 2 años después de iniciada la actividad sexual. En el caso de una de cada

cuatro mujeres de 30 a 39 años, esto sucedió 2.4 años después de su primera relación sexual. Por su parte uno de cada cuatro varones de 30 a 39 años y 40 a 49 años se unió 10.5 años después de su primera relación, mientras que a uno de cada cuatro varones de la cohorte más joven le llevo un poco menos de tiempo, es decir 9.9 años.

Gráfica 3

Probabilidad acumulada del intervalo entre la primera relación sexual y la primera unión



Fuente: Ensare 1998.

Considerando que es importante la edad de inicio de la vida sexual, en la siguiente aproximación consideramos el momento en que ocurre este evento. Así, la primera relación sexual se definirá como una variable que depende del tiempo (Time-Dependent-Covariate) y veremos como ésta y otras variables se asocian al tiempo en el que ocurre la primera unión conyugal. El método de análisis de supervivencia (Survival Analysis) que emplearemos a continuación permite, al igual que la TV, que los casos que no han experimentado el evento terminal (casos truncados) contribuyan al cálculo de las probabilidades, pero además nos permite incluir variables asociadas a la ocurrencia en el tiempo de nuestra variable terminal, es decir, de la primera unión.

Segunda aproximación al estudio de la disociación entre el inicio de la vida sexual y la unión conyugal en México.

La segunda aproximación al estudio de la disociación entre la vida sexual y conyugal consiste en la construcción de un Modelo de Riesgos Proporcionales (PHM¹) donde la edad a la primera unión representa el Tiempo de Supervivencia² (T). Además, este método nos permitirá investigar la relación entre la edad a la primera unión y otros posibles factores explicativos. Se construye un modelo diferente para hombres y mujeres para ver el efecto diferencial de las variables asociadas a la primera unión para cada uno de ellos. Así, la intención que guía esta segunda aproximación es saber como influye la edad a la primera relación sexual y la pertenencia a cierta cohorte de nacimiento sobre la edad a la primera unión; saber en qué medida tener una mayor escolaridad posterga o no la primera unión; y por último, investigar qué efecto tiene sobre la edad a la primera unión la presencia de un embarazo al momento de la dicha unión. Al responder dichas preguntas se intenta probar dos hipótesis: la primera postula que a mayor edad a la primera relación sexual mayor es el riesgo relativo de unión. La segunda hipótesis señala que cuantos más jóvenes son las generaciones se presenta una mayor postergación de la primera unión.

Fuente de datos y población en estudio

Una vez más se empleará la ENSARE como fuente de datos. Entre las ventajas que ofrece la encuesta para esta segunda aproximación es que el IMSS es el principal proveedor de métodos anticonceptivos³. Así, nuestra población en estudio tiene amplio acceso al uso de estos servicios, de manera que es posible ejercer la sexualidad sin el riesgo de un embarazo no deseado antes de ingresar en unión conyugal y después de ésta. En este estudio consideramos a todas las mujeres de 12 a 54 años de edad y todos los varones de 12 a 59 años que reportaron su estatus sexual y conyugal, sin importar que hubieran tenido o no su primera relación sexual o su primera unión cuando fueron entrevistadas. En el caso de las mujeres contamos con 4,911 casos y en el caso de los varones con 2,852 casos.

Metodología

En esta segunda aproximación deseamos evaluar el impacto de diferentes variables sobre la edad a la primera unión a través de un PHM. Al igual que la TV, el PHM es un método que permite modelar el tiempo de ocurrencia de un evento con la presencia de casos truncados. Sin embargo, el PHM nos proporciona, además, la estimación de coeficientes para cada variable asociada a nuestro evento de interés. El PHM expresa una relación log-lineal entre

¹ Por sus siglas en inglés: Proportional Hazard Model (Lee, 1992; Kleinbaum, 1996; Le, 1997).

² En inglés: Survival Time. Para una definición más amplia de (T) y los tipos de truncamiento (censoring) cfr. Lee, 1992.

³ En 1995 el cubría el 44% de la demanda de estos servicios (Gómez de León, 1996). En 1997 el porcentaje de mujeres usuarias de métodos anticonceptivos que obtuvieron el método en el IMSS fue de 53.3% (INEGI, 1997). Para 1998, la proporción relativa de esterilización, a través del método de oclusión tubaria bilateral (OTB) era de 51.1% (IMSS, 2000a).

un grupo de variables (X) y la Función de Riesgo (HF^4) del tiempo de supervivencia (Le, 1997). Este método parte de dos supuestos: el primero es que todas las observaciones son independientes. El segundo, llamado supuesto de proporcionalidad del riesgo, asume que la tasa de riesgo (HR^5) es continua a través del tiempo. Si, como en nuestro caso, los individuos que estudiamos asumen distintas características en distintos momentos de su curso de vida, como es el caso del estatus sexual, el valor de dicha variables puede cambiar en el transcurso del tiempo. En este caso, la tasa de riesgo (HR) también cambia a través del tiempo, por lo que es necesario emplear un PHM que nos permita especificar variables dependientes del tiempo (TDC^6).

Construcción del Modelo de Riesgos (PHM)

Variable dependiente:

La variable dependiente es la edad a la primera unión (T)⁷. Esta variable se define en términos del estatus conyugal de la persona, que consiste en una variable dicotómica que toma el valor de 1 cuando la persona esta unida y 0 cuando no lo está. Cuando el estatus conyugal es positivo, se indicando que el evento terminal ha ocurrido, entonces la variable dependiente asume el valor de la edad a la primera unión; y cuando el estatus conyugal es negativo, la edad a la primera unión es igual a la edad de la persona al momento de la entrevista (caso truncado).

Variables asociadas:

1. Edad a la primera relación sexual: Dado que una persona puede pasar de un estatus sexual negativo a uno positivo en el transcurso del tiempo. La edad a la primera relación sexual (T_C) es una variable que depende del tiempo. El cambio de un estatus a otro se da a la edad a la primera relación sexual
2. Edad: se analiza el efecto de pertenecer al grupo de edad de 12-19, 30-39, 40-49 y 50 y más años de edad al momento de la encuesta, con referencia al grupo de 20 a 29 años.
3. Escolaridad. Se analiza el efecto de tener de uno a tres años de secundaria, de uno a tres años de preparatoria y un año profesional o más con respecto a tener solo hasta primaria completa.
4. Embarazo en la primera unión. Se analiza el efecto de que la mujer estuviera embarazada cuando se unió por primera vez (o la pareja en el caso de los varones).

⁴ Por sus siglas en ingles: Hazard Function (Lee, 1992; Kleinbaum, 1996; Le, 1997). La función de riesgo es conocido como la tasa condicional de falla, que es la probabilidad de falla durante un intervalo, dado que el individuo ha sobrevivido al inicio de dicho intervalo (Lee, 1992). En este caso puede interpretarse como la probabilidad de que la unión suceda durante determinado edad dado que la persona ha permanecido soltera a esa edad exacta (Número de uniones en la edad x entre el total de personas que llegan solteras a la edad x)

⁵ Por sus siglas en ingles: Hazard Rate. La tasa de riesgo es el riesgo relativo asociado a una condición vs. la ausencia de dicha condición. Por ejemplo, el riesgo relativo asociado a una estatus sexual positivo, definido por haber experimentado la primera relación sexual, en comparación con un estatus sexual negativo.

⁶ Por sus siglas en ingles: Time-Dependent-Covariate (Lee, 1992; Kleinbaum, 1996; Le, 1997). Una Time-dependent Covariate, a diferencia de una variable fija o constante a través del tiempo, se define como tal cuando la diferencia en el valor de la variable de dos casos distintos puede cambiar en el tiempo (Le, 1997).

⁷ El PHM utiliza como variable dependiente la Función de Riesgo (HF) de T .

Resultados

Efecto de diferentes variables en la edad a la primera unión

Mujeres			
Variables	β	S.E.	Exp(β)
Primera relación sexual (t)	1.4504	0.0401	4.265***
VARIABLES DE CONTROL			
<i>Edad</i>			
12-19	-0.3123	0.1221	0.7318*
20-29			
30-39	0.1081	0.0479	1.1142*
40-49	0.1021	0.0546	1.1075
50 y más	0.0648	0.0765	1.067
<i>Escolaridad</i>			
Primaria			
Secundaria	-0.3694	0.0446	0.6912***
Preparatoria	-0.62	0.0653	0.5379***
Profesional	-1.0648	0.0812	0.3448***
<i>Embarazo al momento de la primera unión</i>			
No estaba embarazada			
Sí estaba embarazada	0.2338	0.053	1.2633***
Varones			
Variables	β	S.E.	Exp(β)
Primera relación sexual (t)	0.7914	0.0736	2.2065***
VARIABLES DE CONTROL			
<i>Edad</i>			
12-19	0.2395	0.2207	1.2706
20-29			
30-39	-0.1331	0.0604	0.8754*
40-49	-0.1401	0.0678	0.8693*
50 y más	-0.2777	0.0798	0.7576***
<i>Escolaridad</i>			
Primaria			
Secundaria	0.0565	0.0578	1.0582
Preparatoria	-0.2842	0.0717	0.7526***
Profesional	-0.4831	0.0742	0.6168***
<i>Embarazo al momento de la primera unión</i>			
No estaba embarazada			
Sí estaba embarazada	0.4411	0.0638	1.5545***

*p<.05 **p<.01 ***p<.001

Fuente: Elaboración propia con datos de la Ensave 1998.

La tabla anterior muestra los efectos de diferentes variables en la edad a la primera unión. Estos efectos se expresan en el valor de los coeficientes de beta (B) para cada variable, este coeficiente nos proporciona el valor del riesgo relativo en escala logarítmica, por lo que el exponente de beta (Exp B) nos facilita la interpretación. Así, Exp (B) representa la razón de momios o el riesgo relativo de exposición en comparación a la no exposición.

Tanto para las mujeres como para los varones la edad a la primera relación sexual tiene un coeficiente positivo, lo que nos indica que la razón de riesgo se incrementa con el tiempo. Es decir, que por cada año de incremento en la edad a la primera relación sexual el riesgo relativo de unión es cuatro veces mayor para una mujer que ha tenido su primera relación sexual en comparación con quien no la ha tenido. El efecto para los varones es también importante, por cada año de incremento en la edad a la primera relación sexual el riesgo relativo de unión es dos veces mayor para un varón que ha tenido su primera relación sexual en comparación con quien no lo ha tenido.

En cuanto al efecto de la edad (cohorte de nacimiento), vemos que una mujer que tenía entre 12 y 19 años presenta un menor riesgo de unirse. Si comparamos este grupo de mujeres con aquellas de 20 a 29 años el riesgo relativo de una adolescente es 70% menor que el de una joven de 20 a 29 años. En el caso de los varones, el grupo de edad de 12 a 19 no tuvo efecto significativo sobre la edad a la primera unión.

Los grupos de edad de 40 a 49 y 50 y más no son significativos para las mujeres. Mientras que el riesgo relativo asociado a tener entre 30 y 39 años es 10% mayor para las mujeres en comparación con aquellas de 20 a 29 años de edad. Para los varones el riesgo de unión es menor si se pertenece a una generación mayor. El riesgo relativo asociado a tener entre 30 y 39 y entre 40 y 49 años es 80% menor; y si se tiene 50 y más años el riesgo es 70% menor en comparación con el grupo de 20 a 29 años.

Los resultados también nos muestran que contar con mayores niveles de escolaridad representa un menor riesgo de unión en comparación con quienes solo tienen hasta primaria completa o menos; aunque tener entre uno y tres años de secundaria no es significativo para los varones. Cabe señalar que la disminución en el riesgo relativo es menos pronunciada conforme aumenta el nivel de escolaridad. Una mujer que cuenta con uno a tres años de secundaria, se unirá 60% más tarde que una que solo tiene hasta primaria completa o menos. Si cuenta con uno a tres años de preparatoria se unirá 50% más tarde, y finalmente si tiene un año de educación profesional o más se unirá 30% más tarde. Mientras tanto, un varón que cuenta con uno a tres años de preparatoria postergará la unión 70% más que aquel que solo tiene hasta primaria completa, y si tiene un año de educación profesional o más se unirá 60% más tarde. El riesgo relativo de unión de los varones con educación profesional es dos veces menor que el de las mujeres.

Por último el haber estado embarazada al momento de la unión aumenta el riesgo de unión para ambos sexos, pero la intensidad es mayor para los hombres. Una mujer embarazada al momento de unirse, se une 20% más rápido que aquella que no estaba embarazada cuando se unió; y un varón, cuya pareja estaba embarazada, se une 50% más rápido que aquel que aún no esperaba un hijo cuando al momento de unirse.